

arraigo; la constatación de que quien emigra, aunque regrese, nunca será el mismo y, siempre, la nostalgia que obliga a tener subterfugios. Son las mujeres las que dan voz tanto a la historia personal como a la colectiva. Mujeres que con su tolerancia tratan de entender el mundo de los hombres. Mujeres que, como los tangos, dirán verdades e inquietudes profundas con las palabras justas para contar su

decepción, alegría y esperanza. Laura Pariani no se olvida de la tierra, bien sea en el bullicio urbano de Buenos Aires o en el silencio recóndito de la selva con sus mitos y leyendas. Novela de ritmo equilibrado en la que a ritmo de Piazzolla «Dios tanguendo, hace su entrada en el nuevo día con una pirueta de bailarín consumado».

Milagros Sánchez Arnosi

Los libros en Europa

Historia de la guerra en la Edad Media, Maurice Keen (editor). Traducción de Asunción Rodríguez Guzmán. Antonio Machado Libros, Madrid, 2006, 439 pp.

Lo que hoy entendemos por Europa no es la del mundo clásico sino la conformada en la Edad Media y, en buena medida, a lo largo de una guerra continua, a menudo brutal y caótica, ocasionalmente universal. Un conjunto de especialistas se reunió para despiezar el tema, describiendo la parábola medieval hacia la modernidad, que se acompaña de una transición desde el sentido caballeresco de la guerra entre jinetes y con armas blancas, hasta la contienda en las puertas de la industria, basada en las armas de fuego.

Los incisos comprenden distintos escenarios (la Europa continental, el Oriente Medio de las cruzadas), la guerra terrestre y la marítima, la técnica del asedio y la defensa de las ciudades, la economía de la guerra (fiscalidad y pillaje), las armas y las armaduras, las maquinarias bélicas, la intendencia, la guerra económica (tierra quemada, sobre todo, y pillaje de

nuevo), las levas y los mercenarios, la situación de los no combatientes, la final formación de ejércitos permanentes asociados al naciente Estado absoluto y alejándose de los señores de la guerra.

La obra es coherente y exhaustiva, aunque no exenta de repeticiones, que suelen darse en los trabajos colectivos. Las prosas armonizan sus discursos y responden a una misma noción de narrativa histórica. La entrega se completa con bibliografías, fuentes iconográficas y una cronología, todo lo cual hace manejable y eficaz el trabajo de la edición.

Miguel Ángel, Una vida inquieta, Antonio Forcellino. Traducción de Pepa Linares. Alianza, Madrid, 2006, 397 pps.

No faltan, por cierto, biografías de Miguel Ángel Buonarroti, algunas convenientemente heroicas o novelescas. Forcellino, sin perder el hilo narrativo, ha puesto el énfasis en el estado de la cuestión, compulsando documentos de reciente uso.

En todos los casos, describe la situación histórica de las épocas y lugares por donde derivó el artista, los principales personajes, sus relaciones mutuas y con el biografiado. Todo ello da velocidad y viveza al texto, que se detiene, oportuno, al tratar de cada obra puntual.

Como biografía, lo más destacable es un retrato convincente de Miguel Ángel, un hombre genial y laborioso, feúcho y seductor, desconfiado y algo perseguido, ambicioso de fortuna económica, puntilloso en los negocios y no siempre cumplidor de sus encargos. Conoció el trabajo del artista como una renuncia a la vida, lo cual hizo de él un amigo, un pariente y un amante de extrema reticencia, que sólo vivió sus enamoramientos recubiertos de sublimes contornos, ya fuera con cuerpo y alma (Tommaso di Cavalieri) o en apasionado coloquio ético y religioso (Vittoria Colonna). Es difícil, tanto para el escritor como para el lector, no asombrarse a cada rato por el tamaño del genio y la extensión de sus empresas. Miguel Ángel llegó a viejo y en buenas condiciones mentales tras pasarse años encerrado en andamios para ultimar frescos o dándole a cinceles y trépanos para pulir mármoles hasta conseguir la tersura de la carne viva. Al fondo, una sociedad sangrienta y belicosa, de una violencia convertida en profesión, corrupta y exquisita, pone la nota

discordante que hace a la verdad de la historia: toda civilización es bárbara y sólo el legado del arte sofoca el ruido de las espadas, los aullidos de las víctimas, las llamadas de las hogueras. Miguel Ángel supo evitarlos e inmovilizó su flujo corporal y aplastante en la suprema quietud de la cosa bella. A la distancia, parece que todo ese tumulto hubiera existido para excusarse entre las manos del artista.

Platón, *A.E. Taylor, traducción y anexo final de Carmen García Trevijano. Tecnos, Madrid, 2005, 118 pp.*

En un eficaz intento de explicar el estado de la cuestión y liberar a Platón de adherencias ociosas y tópicos, Taylor se ocupa de la escueta información biográfica de la que se dispone sobre el filósofo y un examen de su obra conocida, a la cual considera todo lo que Platón escribió y desprende de ella algunas atribuciones dudosas. En especial, el autor deja de lado las lecturas neoplatónicas de Platón e intenta una lectura contemporánea nuestra de la herencia pertinente. Así vemos que se trata de un escritor que se vale de efectos dramáticos e irónicos en sus diálogos, sin caer en el lirismo ni

en el dogmatismo de la abstracción. Tampoco estamos ante un idealista en el sentido de considerar que sólo tiene realidad la representación ideal del sujeto.

Platón es un pensador de lo orgánico: el hombre y el mundo son organismos que se encuentran en un tercer cuerpo, la sociedad. El recurso a la idea proviene de que lo real no puede ser conocido en su total extensión y en su compleja variedad, en parte irracional. Sólo podemos acceder a aquello que sea compatible con las ideas que ponen orden en y unidad en la dispersión de lo múltiple que perciben nuestros sentidos. De esta forma cabe resituar a Platón junto a los grandes colegas sucesivos, Aristóteles y Kant en primer término. Taylor lo hace con impecable secuencia didáctica, economía textual y claridad de propósitos. Es la cortesía del pensador, como dijo alguien y cualquiera puede repetir.

Entrañas de Platón, Jean Guitton, traducción de María Martínez Sierra. Losada, Madrid, 2005, 97 pp.

Muy otro que el de Taylor es el Platón de Guitton, traducido en 1950 de modo nítido y sensible por María Lejárraga. Guitton ve al filósofo como un *pasticheur* y un mító-

grafo, sin maestros ni discípulos, un genial accidente en la historia del pensamiento griego, ante el cual conviene no clasificar, dejar en libertad al escritor y sus textos, obviando cualquier rígida elección. Si acaso, lo define cierta mística metódica y un método, más que un contenido. El platonismo es, en consecuencia, un discurso del método expuesto de forma dialógica, con un fuerte componente de autocrítica del lenguaje, es decir de confrontación de lenguajes que, forzosamente, han de entrelazarse por medio del diálogo.

El mundo es, para el Platón guittoniano, un sueño que fluye del cual podemos participar si admitimos la bondad de lo bello y la belleza del bien, la *kalokagathia*. Todo lleva al conocimiento que no existe sin amor al conocimiento, sin filo/sofía. Además, tenemos a Dios como garantía del ser de las cosas y su carácter cognoscible, y una sociedad de curioso comunismo aristocrático, donde son filósofos tanto el rey como sus súbditos. En ella las mujeres y los hombres son iguales, no hay esclavitud ni propiedad privada, el ejército es profesional y los niños son criados por el Estado. Es, en rigor, el reino de la *sophrosyne*, la templanza y lo que hoy llamamos salud mental, supuesto que, por otra parte, sepamos qué es.

Apretado, incisivo, de una amenidad convincente, Guitton se mide